

## **La Economía y el Bicentenario**

### **Los argentinos y el largo plazo**

Los argentinos hemos comenzado a tomar conciencia respecto a que el aniversario del segundo siglo de la Revolución de Mayo se acerca a pasos agigantados. Y una sus lecturas posibles supone la necesidad de plantearnos donde estamos parados y hacia donde vamos.

Han pasado casi dos siglos y existe una disconformidad muy profunda y extendida a todos los grupos sociales por los resultados logrados. Sobre todo si los comparamos con las experiencias de otros países que consideramos relativamente exitosos.

Aunque esta problemática requiere un abordaje por todos los flancos, es decir, con criterios de tipo institucional, educativos, sociales, etc., de manera inevitable terminan cruzándose con la problemática de los recursos. La insatisfacción por la situación de la economía argentina debido a sucesivas políticas pendulares, encabezaría cualquier encuesta sobre los problemas de los argentinos.

Esta circunstancia de toma de conciencia por aproximación a esa fecha, debería ser aprovechada de manera positiva. Contribuirá a crear conciencia acerca de nuestra problemática; coadyuvará a recuperar una visión de largo plazo y hará sentir la necesidad de debatir de manera sistemática acerca de un proyecto nacional. Ambos elementos, largo plazo y proyecto nacional, están íntimamente entrelazados.

Sin embargo, los agitados procesos que hemos vivido en el último medio siglo han segado de raíz la visión de largo plazo en los argentinos.

Si revisamos los debates del siglo XIX e inicios del siglo XX, observamos una constante: una visión de largo plazo. Equivocados o no, ponían sobre el tapete temáticas que implicaban metas ubicadas décadas mas adelante.

Pero en los últimos cincuenta años hemos pasado de aquel largo plazo a las ansiedades creadas en los ´60 por el índice de precios. En los ´70 fue la tasa de interés. Por lo menos estos temas tenían un horizonte de un mes. Luego, cuando en los ´80 pasamos a debatir el precio del dólar y en los ´90 el índice riesgo país, los nervios ya se crispaban minuto a minuto.

Es por eso que ya a nadie sorprende que tanto a nivel de la economía global como de la economía de la empresa y la familia, el criterio de "como zafamos hoy" se haya convertido en un símbolo.

El proceso por el que hemos atravesado, no sólo ha tronchado una visión económica de mediano y largo plazo. Ha pasado a ser una falencia cultural de los argentinos. A veces se utiliza el ejemplo de China para marcar esta diferencia. Sin embargo no hace falta referenciarse a una cultura milenaria y diferente a la nuestra. Comparemos los criterios prevalentes en Argentina con los de países muy cercanos a nosotros. No sólo por el grado de desarrollo económico sino también por sus pautas culturales. Basta volver la mirada sobre países como Brasil y Chile para dimensionar las profundas diferencias a este respecto.

Y las consecuencias son gravísimas. El impacto más importante de la ausencia de una perspectiva de largo plazo lo ubicamos en el campo empresario. En un país de economía capitalista, el agente económico mas dinámico que debe liderar el proceso es el empresario. Y lo hace estructurando una estrategia de poder económico y social en el largo plazo. En Argentina, luego aplicar políticas que estructuraban el mayor beneficio en el menor lapso posible, la mayoría de los empresarios más importantes vendieron sus empresas al capital extranjero y se retiraron a descansar.

En ningún país latinoamericano, a pesar de políticas aperturistas generalizadas en la región, en los ´90, sucedió algo equivalente. Más aún, en países como Brasil y Chile, a pesar de fuertes vaivenes políticos similares a los de Argentina, la existencia de un empresariado con una estrategia definida en el largo plazo, hizo posible que las agudas transiciones políticas se reflejaran de manera muy atenuada en la transición económica y hubiese un hilo conductor de largo plazo en las políticas aplicadas.

Pero los efectos de esto no terminan aquí. Si el agente económico que tiene la misión de ser el más dinámico de la sociedad no tiene una política definida, contribuye a desestructurar el resto del esquema social y político del país. Y esto se pone en evidencia cuando constatamos la ausencia de organismos sindicales fuertes, la existencia de partidos políticos convertidos en meras maquinarias electorales, etc.-

### **Los argentinos y el proyecto nacional**

Es obvio que la inexistencia de criterios de largo plazo, interpretado como ausencia cultural, hace casi imposible la existencia de un proyecto de país. Sin embargo, no es casual que a medida que se acerca el acontecimiento del bicentenario, la perspectiva histórica hace posible tomar conciencia de las falencias señaladas y el tema comience, por lo menos, a ser debatido.

Debates periodísticos sobre el carácter del bicentenario, debates acerca del significado de un proyecto de país, congresos para tratar la problemática de la economía en vinculación con el bicentenario e incluso debates impulsado desde las propias esferas gubernamentales.

Uno de los debates más sugerentes surgió a partir del planteo de Ricardo Rouvier, sociólogo y director de una de las firmas encuestadoras más importantes del país. Esta última característica lo ubica como testigo "calificado" dada su cercanía con la opinión de los ciudadanos. Vale la pena reproducir integralmente su aporte (Clarín, 16/09/04):

El país, además de su crisis económica, política y social —cuyo comienzo puede ser situado cronológicamente hace unos treinta años atrás—, debe agregar otro conflicto poco valorado que es la **crisis de pensamiento**. Específicamente, de pensamiento estratégico, que fija metas, funciones y recursos para lograr una sociedad mejor.

La **ausencia de un proyecto de país** significa la imposibilidad de contar con una visión común que establezca una meta como Nación. Esta carencia se expresa en el **predominio de lo coyuntural sobre lo estructural** y en el desplazamiento de lo nacional por una integración mundial desigual.

Aprisionada en su propia dinámica, la dirigencia se abraza a la aventura del cortoplacismo, sin poder salir de ella. A tal punto que los verdaderos problemas, los de orden estructural, terminan superando a quienes tienen la responsabilidad de resolverlos.

La Argentina vive un encadenamiento de conflictos entre facciones que protagonizan una guerra microscópica, remedo de las luchas civiles decimonónicas. Esto se ha convertido en una **forma de ser, en una cultura política que depreda las instituciones**.

El vacío del pensamiento en una sociedad abierta como la nuestra es rápidamente ocupado por los paradigmas construidos centralmente, adoptados sin mediación crítica.

En los últimos años la producción simbólica de fórmulas dominantes sustituyó políticas de Estado que abarcaran el arco de lo público. De ahí que cuestiones como **seguridad, deuda externa e interna, ejes del desarrollo socioeconómico y hasta el rol de las FF.AA. formen parte de la agenda pendiente**.

Hemos importado mercadería intelectual con la misma liviandad que lo hicimos con electrodomésticos o escarbidentes, **desperdiando trabajo intelectual y puestos de trabajo**.

Cabe preguntarnos: ¿por qué una visión estratégica?, ¿por qué un proyecto nacional? Justamente, la situación exige la ejecución de un proyecto que recupere la política y acumule la diseminada voluntad nacional en función de objetivos superiores a los avatares electorales. En definitiva, un proyecto que logre **idear un Estado moderno y reconstruya un contrato social más equitativo**.

Puede haber reparos de orden ideológico, señalando que el tema remite nostálgicamente al nacionalismo demodé. Pero en realidad es una continuidad del aporte al pensamiento de FORJA y de Perón, Frondizi, Savio y Mosconi.

La falta de visión de los principales actores políticos en cada momento destrozó oportunidades. Ahora, una mirada realista indica que un proyecto nacional requiere consonancia con la evolución de la humanidad y la existencia ineludible de la globalización, pero desde nuestra condición soberana como Nación.

Para que sea posible tendría que fundarse en un amplio consenso político y social que requiere mucha negociación y generosidad.

Pero no podemos soslayar que estos criterios tuvieron una respuesta muy dura. Y nada menos que de un politólogo de fuste en Argentina como Marcos Novaro (UBA y Conicet). Veamos las observaciones que realizó al artículo de Rouvier (Cf. La Nación, 14-10-04):

¿Necesitamos un proyecto nacional? En estos días, vuelve a circular una frase que es ya un lugar común en los debates políticos argentinos: "necesitamos un proyecto nacional". Ello se explica, por lo general, diciendo que nuestro país entró en un largo ciclo de decadencia cuando se quedó sin proyecto nacional y, por lo tanto, sólo éste puede sacarlo del atolladero.

Que éste es un extendido lugar común lo prueba el hecho de que recurren a él los defensores de las más diversas posiciones ideológicas y políticas. Por caso, los que critican al actual gobierno se afanan en demostrar que las iniciativas con las que construyó su popularidad son cartón pintado detrás del cual no hay "un proyecto nacional". Mientras que los que defienden a las autoridades, y estas mismas, proclaman que su meta es precisamente ésa: forjar un nuevo "proyecto nacional". Que sería algo así como un ideal vuelto realidad gracias a su virtud de englobarnos a todos y de orientar nuestras vidas por los próximos lustros. Hace poco, en esta línea aunque desde posiciones distintas, tanto el **cardenal Bergoglio**, en Luján, como el consultor **Ricardo Rouvier**, desde Clarín, evocaron la necesidad de un proyecto nacional para "superar las antinomias".

Unos y otros dan por supuesto que darle contenido a esa idea y aplicarla es deseable y posible. Lo que se pretende en estas líneas es discutir esta presunción, para afirmar que no es ni una cosa ni la otra: **que se trata de un lugar común irrealizable, y peor aún, dañino, pues nos alienta a comportarnos de modos poco colaborativos, intolerantes ante las diferencias y despectivos ante los acuerdos y los logros alcanzables.**

Ante todo, ¿en qué se sostiene el afán por lograr la comunión en torno de una idea tan ambiciosa? Me vienen a la mente dos frases que se pueden escuchar en cualquier momento y en cualquier lugar (un bar, una clase universitaria, un programa de radio, una tribuna política), y que tienen garantizada la aceptación del auditorio.

La primera suena más o menos así: "Argentina fue una gran nación hasta los años treinta del siglo XX porque la generación del 80 tuvo un proyecto nacional que le permitió modernizar el país; después, todo se empezó a desmoronar porque ese proyecto se agotó y nada equivalente lo reemplazó". [ . . . ]

La segunda frase es más abarcativa: "toda gran nación, es decir, toda sociedad que ha logrado cierto éxito como democracia y como capitalismo, lo debe a que sus elites y su pueblo compartieron un consenso en torno de un proyecto nacional. Si los países europeos y Estados Unidos progresaron fue gracias a sus proyectos de país".

¿Tienen estas afirmaciones algún asidero histórico? En mi opinión, no tienen ninguno, a menos que denominemos "proyecto nacional" a un texto y una práctica constitucional, de un lado, o a acuerdos concretos sobre políticas muy específicas, del otro. Esos, y no otros, han sido efectivamente objeto de los consensos en esas "democracias y capitalismo exitosos". Pero es claro que llamarlos "proyecto nacional" no tiene mucho sentido. [ . . . ]

[ . . . ] la búsqueda de unidad y la peculiar creencia, profundamente naturalizada incluso entre los actores más devotamente democráticos y pluralistas, de que nuestros males se resolverán cuando sepamos "qué país queremos", algo que nadie aclara muy bien en qué consistiría, y he ahí su encanto, pues invita a todos a "llenarlo de contenido". A cualquier

lector podrá parecerle esto muy lógico; y de eso se trata precisamente: de que entre nosotros suene como lo más obvio del mundo. [. . .].

### **¿Que es un proyecto nacional?**

Como en repetidas ocasiones hemos sostenido desde estas páginas conceptos similares a los de "proyecto nacional", la fuerte objeción de un autor del calibre de Novaro nos obliga, por lo menos, a ser más explícitos sobre su significado.

Sostener la necesidad de un proyecto de país no significa que exista un único proyecto. Éste es el meollo de la objeción de Novaro. Cuando advierte sobre "comportamientos intolerantes" está diciendo entre líneas que "proyecto nacional" le huele a "fascismo" o a "partido único". Y ratifica esto cuando dice estar preocupado porque personas democráticas y pluralistas lo utilizan sin fijar su contenido.

Un proyecto nacional significa que, como punto de partida, para una real concertación, cada uno de los grupos sociales y políticos debe tener la responsabilidad social de ubicar sus reivindicaciones específicas dentro de un programa global.

Una de las formas concretas en que se expresa la ausencia de una visión de largo plazo, se produce cuando los grupos de intereses sectoriales, políticos e ideológicos, plantean sus reivindicaciones de manera aislada. No está inserta en un ningún proyecto integral con metas definidas a largo plazo que permita garantizar sus sustentabilidad. Y el problema abarca desde las cuestiones económicas más elementales hasta lo temas mas sofisticados, como el de la ética frente a los avances actuales en biología.

Cuando hablamos de la necesidad de un proyecto nacional, estamos diciendo que el basamento que hace posible una concertación, es un debate, no a partir de reivindicaciones aisladas, sino de proyectos sistémicos que los grupos de interés no disponen.

Veamos como opera esta ausencia para hacer imposible el dialogo:

- La suma de reivindicaciones sectoriales siempre será mayor a los recursos financieros y físicos disponibles
- El debate hace centro sólo en los efectos de corto plazo. La sustentabilidad de las reivindicaciones y su concertación sólo será posible alrededor de metas de largo plazo que deben ser explicitadas.
- La tendencia será a debatir sólo instrumentos que terminan por ideologizarse. El real debate debe hacerse alrededor de los objetivos.
- Tomemos a manera ejemplificativa dos debates actuales sobre temas económicos que involucran a actores muy diferentes: el salario real de los trabajadores y las retenciones al sector agropecuario.

El agudo retraso del salario real frente a las actuales condiciones de recuperación de la economía argentina ha multiplicado los conflictos gremiales. A pesar de haber logrado aumentos por vía de paritarias en la mayoría de actividades del sector privado, subsisten fuertes tensiones sociales en vastas áreas del sector público. Y los reclamos son absolutamente legítimos.

Sin embargo, en los trabajadores de ambos ámbitos tiende a repetirse una visión puramente sectorial: plantean su reivindicación al margen de las condiciones reales de la economía sectorial y global. Una organización fuerte de los trabajadores debería asumir el compromiso social de plantear, junto a las reivindicaciones salariales, cual es el modelo económico que hace sustentable sus reivindicaciones. Debería estar bregando, no sólo por los aumentos salariales en el corto plazo sino por la instauración de los cambios que permitan mantener y aumentar el salario real en el mediano y largo plazo.

Y ni siquiera esto interesa a la parte empresaria. Luego de otorgar de propia voluntad los aumentos salariales en paritarias expresaron que necesitaban elevar los precios para solventar los aumentos que otorgaron. Y es obvio que nuevos impulsos inflacionarios implican la no sustentabilidad de los aumentos salariales que ellos mismos otorgaron.

En el caso de las retenciones, junto a la legítima reivindicación de eliminarlas, las entidades rurales deberían plantear, cual es el modelo de desarrollo que permitiría no caer en agudas coyunturas donde la única salida es la imposición de estos tributos.

Debemos recordar que las retenciones son el subproducto de algunas de las deformaciones estructurales de la economía argentina:

- La falta de competitividad de la actividad productiva que necesita de un alto nivel relativo en el tipo de cambio para proteger el mercado interno
- Es el único país en el mundo cuyo perfil de exportaciones coincide con la canasta familiar y por ende, cada vez que se produce una fuerte devaluación, las retenciones tienden a proteger el nivel del salario real
- En la estructura tributaria predominan los impuestos sobre el consumo cuya recaudación se debilita en condiciones de recesión relativa. En esas condiciones, la recaudación debe ser complementada con imposiciones adicionales.
- Crisis recurrentes por el abuso en la utilización del crédito público externo para financiar las deformaciones que se expresan en déficit crónicos de largo plazo en los balances externo, monetario y fiscal.

El justo reclamo por las retenciones que realizan las entidades empresarias del sector agropecuario debería estar encuadrado en la propuesta de un programa económico de largo plazo que haga posible la no repetición de crisis de esta naturaleza. Más aún, la presión de la sociedad en su conjunto debería imponer este tipo de criterio.

Pero supongamos que ya hemos logrado que los distintos sectores, en lugar de plantear reivindicaciones de manera aislada, lo realicen en el marco de un proyecto nacional y de largo plazo, ¿en que habremos avanzado?

Entendemos que el efecto será múltiple:

1.- En el marco de un proyecto global se hará explícito que la suma de los requerimientos sectoriales es superior a los recursos. Ayudará a tomar conciencia de esto y cada grupo auto-limitará sus propias exigencias.

2.- En el largo plazo se debaten los reales problemas del país. Las cuestiones coyunturales están perturbadas por posiciones antagónicas muy duras frente al manejo de las variables financieras. Se ideologiza la utilización de instrumentos. En cambio, en el largo plazo se ponen sobre el tapete las cuestiones esenciales donde es posible un lenguaje común en cuestiones estructurales tales como nivel educativo, equidad, tecnología, calidad de vida, etc. Se debaten objetivos.

3.- En ese contexto aparecerán coincidencias, aún entre sectores con intereses materiales e ideológicos aparentemente irreconciliables. Será posible un programa mínimo de largo plazo que todos los sectores políticos y sociales se comprometen a cumplir.

Y esta ha sido la experiencia europea a partir de la Segunda Guerra Mundial. Aparecen allí las llamadas "cuestiones de estado". Los partidos políticos y grupos sociales disputan en procesos electorales los problemas coyunturales, sin embargo, existe, de manera explícita o implícita, un programa mínimo común a llevar adelante para cumplir esas metas de largo plazo.

Ni siquiera existe el problema de que **todos** estén de acuerdo en ese programa mínimo. La experiencia histórica nos dice que para llevar adelante programas de largo plazo es necesario el apoyo explícito de grandes mayorías, que no excluye posiciones diferentes de sectores minoritarios.

Las diferencias subsistirán, y se resolverán por los tradicionales métodos de democracia representativa, a los que se deberán agregar instrumentos de democracia directa que ya contempla nuestra Constitución.

Pero la sociedad en su conjunto ya tiene un programa mínimo, que deberá actualizar de manera permanente, y que obliga a cumplir a cualquiera de los sectores previamente comprometidos que accedan al gobierno, para lograr los objetivos comunes de largo plazo.

No sólo es la experiencia de las democracias en los países avanzados. Quizás también es el secreto para detentar la categoría de "país desarrollado".

Esto no garantiza "per se" el éxito de dicho programa. Aún así puede entrar en crisis. El "no" a la Constitución de la Unión Europea es un síntoma de crisis luego de décadas de avance permanente. Debe ser interpretado como una advertencia para volver a debatir las metas de largo plazo, con participación plena de la población.

Y todo esto no es muy distinto de lo que plantea Novaro. Repasemos su propio texto:

**"a menos que denominemos "proyecto nacional" a un texto y una práctica constitucional, de un lado, o a acuerdos concretos sobre políticas muy específicas, del otro.** Esos, y no otros, han sido efectivamente objeto de los consensos en esas "democracias y capitalismo exitosos". Pero es claro que llamarlos "proyecto nacional" no tiene mucho sentido. [ . . . ].

En definitiva, el disenso entre Rouvier y Novaro es una cuestión semántica.

Lo más importante de un proyecto nacional es el cambio cultural que exige como precondition. Los intereses sectoriales no plantearán sus reivindicaciones bajo la forma de un proyecto nacional hasta que la presión social no los obligue a ello. Ni siquiera actualmente lo hacen los programas de los partidos políticos que se supone tienen la responsabilidad de realizar planteos mas integrales.

El largo plazo no sólo es una cuestión de voluntad del analista. Debe surgir de la conciencia de la gente y los indicios, como veremos mas adelante, señalan que ese proceso estaría en marcha.

La sociedad debe incorporar a sus pautas culturales el criterio de que para legitimar las reivindicaciones de sus distintos segmentos (sectores de interés, partidos políticos, grupos ideológicos), éstos deben estar imbricados en una visión estratégica, sistémica y participativa que los haga sustentables.

Estratégica porque fija metas, funciones y recursos; sistémica porque encara el problema por todas sus facetas y participativa para que no resulten proyectos únicos ni elitistas

### **Las escuelas económicas y el proyecto nacional**

Dada la importancia de la temática económica en un proyecto nacional, surge de inmediato la problemática del choque intelectual entre las diferentes escuelas económicas. En particular las profundas discrepancias entre la escuela neoclásica y la escuela estructuralista en Argentina.

Entre los representantes mas destacados de la primera de ellas, se ubican los investigadores de centros de investigación tales como FIEL, CEMA y Fundación Mediterránea. Entre los segundos encontramos al Grupo Fénix y similares.

Uno de los puntos cruciales de discrepancia surge del horizonte de análisis. Entre los primeros predominan los análisis de corto plazo y de variables financieras. Entre los segundos prevalecen los efectos de variables reales en horizontes de mediano y largo plazo.

Sin embargo, poco a poco se va produciendo un proceso de convergencia. Importantes economistas de la escuela neoclásica se orientan a trabajar sobre las problemáticas de largo plazo. Allí se destacan los nombres de Ricardo Arriazu y Felipe de la Balze cuando se ocupan de temas tales como los factores de crecimiento, educación, puja distributiva, etc.

A la par del horizonte económico surgen problemas relacionados al instrumental económico utilizado. La tendencia de la escuela neoclásica ha sido la de ideologizar el debate sobre los instrumentos. Las posiciones alrededor del tipo de cambio, el resultado fiscal y la tasa de interés son endiosados o demonizados. Si la conciencia de la sociedad logra imponer el debate alrededor de objetivos de mediano y largo plazo, esos choques se verán notable-

mente atenuados ya que dentro de ese horizonte de efectos, los temas dominantes en el corto plazo, pasan a resultar casi imperceptibles.

También el choque surge respecto a la utilización de sólo variables económicas o bien la inclusión del contexto que rodea a esta problemática. Surge allí la necesidad de insertar en los modelos económicos variables sociales, institucionales, ambientales y de inserción internacional.

Y en los ámbitos académicos de orientación neoclásica existe la tendencia a tachar de "no científicos" a los modelos económicos que tratan de introducir estas cuestiones. El debate de largo plazo hace inevitable introducir las interacciones del subsistema económico con otros subsistemas. Y la experiencia histórica de Argentina nos dice que ignorarlas puede resultar suicida.

También en estos encontronazos académicos han existido avances. Seguidores de la escuela neoclásica han comenzado a criticar las falencias de la enseñanza de la economía en las universidades argentinas. Arriazu ha criticado a los académicos por seguir utilizando enfoques de equilibrio parcial (en Jornadas de Economía Monetaria-La Plata-2003). En el caso de Martín Krause, rector del Eseade advierte sobre las fallas en la formación de economistas:

"En general, en los textos utilizados predomina el análisis de la economía "neoclásica" basada en conceptos de equilibrio que no toman en cuenta la función del emprendedor o el papel que juegan los marcos institucionales. Sin embargo, el mundo real es un mundo en "des-equilibrio" y con conocimiento limitado, donde resulta clave comprender la función que cumplen los emprendedores y los entornos institucionales y regulatorios que permiten que sus actividades sean guiadas por aquella famosa "mano invisible". (La Nación 30/01/05).

En resumen, también en este plano comienza a percibirse un proceso de convergencia.

### **Las perspectivas actuales de un proyecto nacional**

En el 2001 ya hubo un fuerte movimiento orientado a debatir un proyecto nacional. En ese sentido se destacaron las tareas de ACDE (Asociación Cristiana de Dirigentes de Empresas) que lanzó una convocatoria a debatir sobre la Argentina que queremos en el Bicentenario de la Revolución de Mayo. También en ese año, Jorge Forteza, de Booz, Allen & Hamilton, publica en el Boletín Techint (Nº 301-Abril/Junio 2001) su trabajo "Visión 2010. Hacia una nueva etapa de desarrollo de la Argentina".

En la actualidad existen esfuerzos en el mismo sentido por parte de entidades empresarias, la Iglesia Católica y el propio gobierno nacional.

Una expresión concreta de los cambios que se están produciendo, es el actual documento difundido por la Asociación Empresaria Argentina (AEA): "Agenda empresaria para la inversión y el crecimiento sostenido", y fechada en el mes de Julio del 2005. Aunque se trata de un documento muy sintético, abarca no sólo variables económicas en el corto y mediano plazo sino que introduce algunos párrafos referidos a las instituciones y a la educación. Rescatamos el espíritu del documento en algunos párrafos de su introducción:

Los empresarios nucleados en AEA estamos comprometidos con el éxito de la Argentina, por cuanto sólo es posible un desenvolvimiento empresario sustentable en un país con crecimiento económico y desarrollo social.

"Como expresión de este compromiso, sentimos la responsabilidad de aportar propuestas que a nuestro juicio contribuyan a crear empleo, riqueza y bienestar, de modo que éstas puedan ser evaluadas por la ciudadanía y consideradas por las autoridades gubernamentales. Con este sentido se formulan las ideas que se presentan a continuación [ . . . ]"

Por su parte, también en el 2005 la Iglesia Católica, ha lanzado un Foro-Debate y ha preparado un documento llamado "Argentina. Estrategia país". Su presentación expresa:

"En el mundo globalizado se constata la importancia de que los países reflexionen sobre sí mismos para la cristalización de proyectos sustentables. En nuestro caso, la historia argen-

tina reciente ha dado cuenta de la necesidad concreta de gestar consensos en relación al perfil estratégico de desarrollo a alcanzar [. . .]

Recogiendo este llamado, la Comisión Episcopal de Pastoral Social conjuntamente con Cáritas Argentina-Comisión Nacional, invitan a organizaciones con vocación de bien común a desarrollar durante el año 2005 el Foro Debate: "Argentina: Estrategia - País, en el marco de la integración regional y el mundo globalizado". El mismo tiene como objetivo colaborar con la construcción de una visión estratégica del desarrollo para Argentina, acorde a los desafíos éticos, sociales y políticos que se presentan en la actualidad tanto a nivel nacional como a escala internacional. Este espacio plural para la participación, contará con una metodología multiactoral que permita discernir opciones y alternativas en la búsqueda de una noción de desarrollo de mediano y largo plazo.

Su contenido concreto es muy sugerente. Allí aparecen capítulos referidos a:

- Hacia una visión estratégica del desarrollo
- Una concepción ética del desarrollo
- Un modelo sustentable
- Una orientación productiva
- Un modelo regional
- Una inserción activa en la globalización
- La reconstrucción del Estado
- La participación de la sociedad civil
- El impacto de la subjetividad y la cultura

Por su parte, en el ámbito oficial, la Secretaría de Cultura de la Nación llevó a cabo en el mes de mayo de este año, una serie de debates alrededor de esta temática: "Debates de Mayo: a cinco años del bicentenario". El Secretario de Cultura, el sociólogo José Nun expresó allí:

"Más difícil que un proyecto fundacional es hacer un proyecto nacional cuando los datos están tan marcados como ahora, con altos niveles de desigualdad y cuando el 95 por ciento de las grandes empresas argentinas han dejado de serlo".

Respecto a la conformación de un proyecto nacional, Nun planteó **tres ejes posibles**: la autonomía, "no como un camino de aislamiento, sino como una aproximación a formas de mayor grado de independencia en las decisiones, la recuperación nacional del poder de decisión, algo que en este aspecto ha avanzado mucho este gobierno". El segundo eje sería la unidad, "no solamente territorial, sino también económica y social". Y el tercero, la identidad cultural "que no es uniformidad, sino respeto a la diversidad cultural, en un marco de solidaridad". (Página 12, 20/05/05).

Estas iniciativas nos dicen que comienzan a darse las condiciones necesarias para acometer la tarea. Si para el bicentenario, los argentinos no hemos logrado aun generar un consenso mínimo alrededor de un proyecto nacional, no podremos reclamarnos como dignos sucesores de los revolucionarios de Mayo de 1810.